

EL MILAGRO DEL JASID

La espiritualidad jasídica de la esperanza

CVX-Galilea (Madrid, España), Adviento de 2010
cvxgalilea@gmail.com <http://www.panyrosas.es/>

*“Los que han de oír, oirán incluso a la distancia;
los que no han de oír, no oirán por cerca que estén.”*

Rabí de Apt



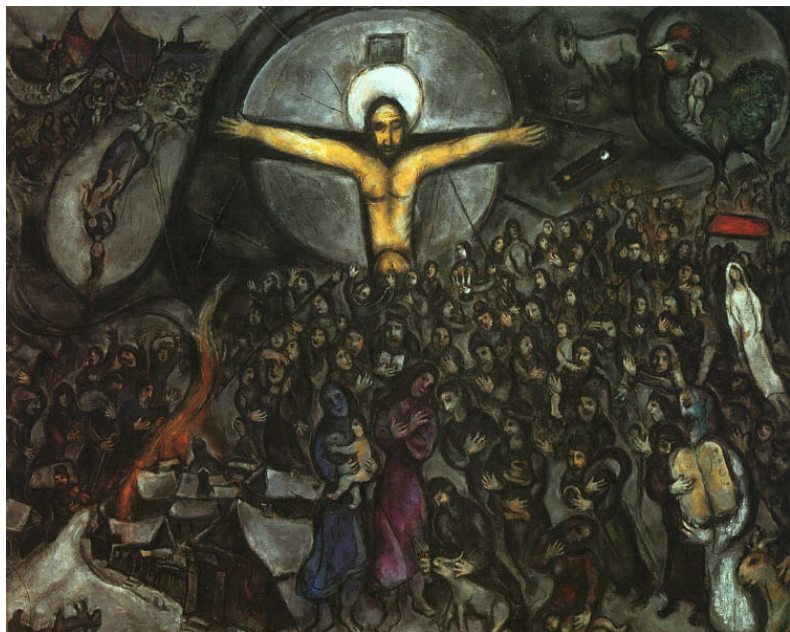
El Rabí Israel Baal Shem-Tov, a quien llamaban el Besht, estaba en su casa hablando con un artesano. El Rabí Baal-Shem le ayudaba a valorarse porque no se quería ni esperaba nada de sí mismo. El Rabí Baal-Shem le pidió que le trajera uno solo de los objetos que hubieran salido de las manos de ese artesano. El Rabí examinando la jarra que había salido de sus manos, le contaba al artesano todo lo bueno que él no sabía de sí. El Rabí Baal-Shem era capaz de describir a un artesano con el simple examen de un objeto salido de sus manos.

En ese momento entraron dos discípulos del Rabí apresuradamente diciendo: Rabí, tienes que huir, una gran amenaza se cierne sobre los judíos.

Pero el Rabí Baal-Shem les dijo: “¿Por qué desesperar?, ¿por qué renunciar a la lucha? Una lágrima, una oración pueden alterar el curso de los acontecimientos; un poco de melodía puede contener toda la alegría del mundo y, liberándola, influir en el destino. Para quien confía en Dios todo es posible, todo llega a ser posible por la presencia de un solo hombre.

Pero uno de los discípulos le cogió de la manga diciéndole: No hay tiempo, Rabí.

Y el Rabí Baal-Shem contestó: “¿No me has escuchado? Un jasid debe saber escuchar. Escuchar es estar presente, es acoger. Transmitir es más importante que innovar. Nuestro pueblo es lo que es porque ha sabido



recibir la Ley, abrirse a la promesa. Pero la Torá sólo ha sido concedida una vez; ahora bien, cada uno de nosotros debe acogerla cada día.

Pero el discípulo escéptico insistió: “Todo el mundo se dispersa, todos se refugian, no hay tiempo para nada. No hay tiempo que esperar.

Y Baal-Shem respondió: ¿No hay tiempo que esperar? Para que haya un incendio no se necesita más que una pequeña llama. El hombre, vulnerable y efímero, puede alcanzar la inmortalidad en cada momento. En el universo propio del hombre todo importa porque nada es insignificante.

Y le dijo al discípulo escéptico: Dame la vela de tu bolsillo.

A lo que éste contestó: No llevo ninguna vela encima.

Y dirigiéndose el Rabí al otro discípulo atento, le dijo: Dámela tú.

Y aunque el discípulo sabía que no tenía ninguna vela, metió la mano en el bolsillo y encontró una, pero no se sorprendió.

Entonces el gran Rabí Israel Baal Shem-Tov se fue solo al bosque. En el camino se encontró una mujer con su hijo a caballo y le ofrecieron para huir, pero siguió.. Se encontró un refugio en el que le ofrecieron cobijo, pero siguió. Un grupo le pidió que se quedara con ellos a acompañarle, pero siguió. Se encontró con una cabaña abandonada donde poder instalarse, pero siguió. Se encontró un maravilloso lugar en el que quedarse a contemplar, pero siguió. Siguió hasta lo profundo del bosque y allí encendió un fuego y oró toda la noche hasta que la paz de Dios le confió que el milagro se había realizado quedando revocada la desgracia.



Más tarde el Rabí Baal-Shem contaba así esa noche: “Imaginad un palacio con innumerables puertas. Delante de cada puerta hay un tesoro; el visitante puede tomar lo que quiera y no necesita seguir avanzando hacia el interior. Sin embargo, al final de los corredores, está el rey dispuesto a recibir a cualquier individuo que piense en él y no en los tesoros.”

Baal-Shem fue la chispa sin la que muchas familias se habrían hundido en la oscuridad y el vacío; y así la chispa se convirtió en una inmensa llama que vencía las tinieblas.

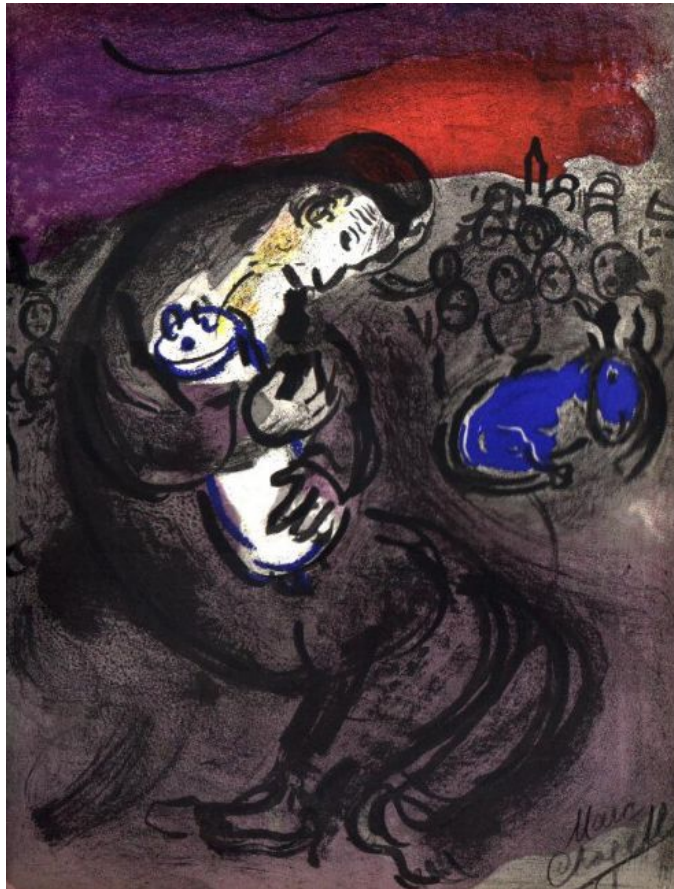
Desde entonces, cada vez que el gran Rabí Baal-Shem veía que acercaba una desgracia al pueblo judío, tenía la costumbre de ir a recogerse en un rincón determinado del bosque; allí encendía un fuego, recitaba una determinada oración y se realizaba el milagro, quedando revocada la desgracia.

Años más tarde, cuando su discípulo, el célebre Maguid de Mezeritch, debía intervenir ante el cielo por idénticos motivos, se iba al mismo rincón del bosque y decía: ‘Señor del universo, escucha. Yo no sé encender un fuego, pero todavía soy capaz de recitar la oración.’ Y se realizaba el milagro.

Posteriormente, el rabí Moshé-Leib de Sasov, para salvar a su pueblo, iba también al bosque y decía: ‘Yo no sé cómo encender un fuego, pero puedo localizar el rincón y esto debería bastar’. Y bastaba, también allí se realizaba el milagro.

Luego le llegó el turno de conjurar la amenaza al rabí Israel de Rizhyn. Sentado en su sillón, ponía su cabeza entre las manos y hablaba a Dios: ‘Yo soy incapaz de encender un fuego, no conozco la oración y ni siquiera puedo localizar el rincón en el bosque. Lo único que sé hacer es contar esta historia. Y esto debería bastar’. Y bastaba.

Hoy, tras haber pasado bajo el fuego del Holocausto, sabemos que esto ya no basta. La prueba es que la amenaza no ha sido conjurada. ¿Es posible que sea porque ya no sabemos contar la historia?



Nadie puede vivir mucho tiempo sin sueños y sin leyendas. ¿Somos dignos de estas historias, de su abismal belleza y de su carga de ensoñación? ¿Somos todavía capaces de repetir las sin anular su inocencia? ¿Somos todavía capaces de volver a empezar?

“He evocado a ciertos maestros y he repetido sus relatos: han venido en mi ayuda como lo hacían durante mi infancia.”
Elie Wiesel

Relato de Fernando Vidal fvidal@upcomillas.es basado en textos de las siguientes fuentes. Elie Wiesel, 1973: *Celebración jasídica*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2003. Martin Buber, 1949: *Cuentos jasídicos*. Paidós, Barcelona. Elie Wiesel, 1981: *Contra la melancolía*. Caparrós Editores, Madrid, 1996. Ben Zimet, 2000: *Cuentos del pueblo judío*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2002.